

DE TODOS LOS PENALES DE FRANCIA, Fontevrault es el más turbador. Fue el que me dio la mayor impresión de desvalimiento y desconsuelo; y sé que los presos que han pasado por otras cárceles notaron, sólo con oírlo nombrar, una emoción y un sufrimiento semejantes a los míos. No intentaré desentrañar la esencia de su poder sobre nosotros: ya le venga de su pasado, de sus abadesas, infantas de Francia, de su aspecto, de sus paredes, de su hiedra, de los presidiarios de paso para Cayena, de esos presos más malvados que en otros lugares, de su apariencia, da lo mismo, pero yo sumo a todas esas razones esta otra: que fue, mientras yo estaba en la Colonia de Mettray, el santuario hacia el que se elevaban los sueños de nuestra infancia. Notaba que entre aquellas paredes se conservaba —como en la custodia se conserva el pan— la mismísima forma del

futuro. Mientras que el chiquillo que era yo por entonces se enroscaba en la hamaca, abrazando a un amigo (los rigores de la vida nos obligan a buscar una presencia amiga, pero creo que son los rigores del presidio los que nos arrojan unos hacia otros con unos ataques de amor sin los que no podríamos vivir: el brebaje encantado es la desdicha), ese chiquillo sabía que su forma definitiva residía en lo que viniera tras aquéllos, y que aquel penado a treinta tacos era la plasmación última de sí mismo, el último avatar que la muerte haría definitivo. Y, por último, Fontevrault aún reluce (aunque con resplandor empalidecido, muy suave) con los destellos que, en su corazón más oscuro, los calabozos, lanzó Harcamone, condenado a muerte.

Al salir de la cárcel de La Santé rumbo a Fontevrault, ya sabía que estaba allí Harcamone, a la espera de que lo ejecutasen. Me embargó, pues, al llegar, el misterio de uno de mis ex compañeros de Mettray, quien supo llevar esa aventura común a todos nosotros hasta el extremo más sutil: la muerte en el patíbulo, que nos concede la gloria mayor. Harcamone «triunfó». Y, al no ser ese éxito de orden terrenal, como la fortuna o los honores, me causaba el asombro y la admiración propios del hecho consumado (incluso el más simple resulta milagroso), y también ese temor que trastorna a quien presencia una operación de magia. Los crímenes de Harcamone no me habrían afectado quizá el alma si no lo hubiera conocido de cerca; pero el amor que siento hacia la belleza anheló tanto para mi propia existencia la coronación de una muerte violenta —sangrienta más bien—, que, dado que mi aspiración a una santidad de ecos amortiguados me impediría que

esa muerte fuese heroica según los hombres, me movió secretamente a elegir la decapitación, que tiene a su favor que es reprobada: se reprueba la muerte que da, e ilumina a su beneficiario con una gloria más oscura y suave que el terciopelo bajo la llama danzarina e ingrávida de las magnas honras fúnebres; y los crímenes y la muerte de Harcamone me mostraron, como si lo desmontaran, el mecanismo de esa gloria alcanzada al fin. No es humana una gloria así. No conocemos ejecutado alguno cuya ejecución haya bastado para aureolarlo de la misma forma que vemos aureolados a los santos de la Iglesia y a las glorias del siglo, pero, no obstante, sabemos que, de entre los hombres que recibieron esa muerte, los más puros sintieron en sí, en las cabezas cercenadas, cómo se posaba en ellas la corona, pasmosa e íntima, de joyeles arrancados de la oscuridad del corazón. Todos supieron que, en el instante mismo en que cayera su cabeza en el cesto del serrín, y la agarrase por las orejas un ayudante, cuyo papel me parece no poco extraño, unos dedos enguantados de pudor le recogerían el corazón y lo llevarían a algún pecho de adolescente ornado como una fiesta de primavera. Era, pues, a una gloria celestial a la que aspiraba, y Harcamone la había alcanzado antes que yo, tranquilamente, merced al asesinato de una niña y, quince años después, al de un boqui de Fontevrault.

Llegué al penal tras prepararme a ello un viaje muy largo y muy duro, encadenado de pies y manos, en el vagón celular blindado. El asiento era de agujero, así que cuando con los baches me entraban muchos retortijones me bastaba con bajarme los pantalones. Hacía frío. Iba

cruzando un campo que el invierno entumecía. Intuía tierras de labor endurecidas, escarcha, una luz nunca limpia. Me habían detenido en pleno verano, y el recuerdo más obsesivo que me quedaba de París era el de una ciudad completamente vacía que habían dejado abandonada los vecinos al huir ante la invasión, algo así como una Pompeya, sin guardias en los cruces, una ciudad como se atreve a soñar el atracador cuando está ya exhausto de tanto inventar trucos.

Cuatro guardias jugaban a las cartas en el pasillo del tren. Orleans... Blois... Tours... Saumur... Desengancharon el vagón, lo llevaron a otra vía, y aquello era Fontevrault. Llegábamos treinta, porque el vagón celular sólo tiene treinta celdas. La mitad del convoy lo componían hombres de unos treinta años. Los demás estaban entre los dieciocho y los treinta.

Mientras, encadenados de pies y manos, nos miraban los viajeros, nos ataron de dos en dos y subimos a las lecheras que nos esperaban en la estación. Me dio tiempo a ver de refilón la tristeza de los jóvenes de cabeza afeitada que miraban pasar a las chicas. Me metí, con mi compañero de cadena, en una de las estrechas celdas, ataúd vertical. Y me llamó la atención que la lechera careciera de aquel encanto de desventura altanera que, las primeras veces en que me subí a ella, la convertía en un coche de destierro, un vagón cargado de grandeza que huía despacio, cuando iba yo dentro, por entre las hileras de unos súbditos que se inclinaban con respeto. Ese vehículo no es ya la desventura regia. Tuve de él la visión lúcida de algo que es, más allá de la ventura o la desventura, espléndido.

Fue ahí, al entrar en el furgón celular, donde noté que me había convertido en un visionario preciso y desencantado.

Arrancaron los furgones camino del penal, del que no puedo decir qué parece desde fuera y de pocas cárceles puedo decirlo, porque las que conozco sólo las conozco por dentro. Las celdas iban cerradas, pero, por un bote que dio el vehículo, que estaba subiendo por una rampa de adoquines poco empinada, me di cuenta de que habíamos cruzado el portón y que estaba en los dominios de Harcamone. Sé que está en lo hondo de un valle, de una garganta infernal donde brota un manantial milagroso, pero nada hay que nos impida creer que el penal está en la cima de una montaña altísima; aquí mismo, a veces todo me hace pensar en la cima de una peña de la que son continuación las murallas de ronda. Por más que sea ideal esta altura, es más real aún porque el aislamiento que aporta es indestructible. Nada tienen que ver en ello ni los muros ni el silencio, ya lo veremos cuando hablemos de Mettray, tan lejana como elevado es el penal.

Había caído la noche. Llegamos entre una masa de tinieblas. Bajamos. Nos estaban esperando ocho boquis en fila, como lacayos, en las escaleras exteriores, iluminadas. En lo alto de esas escaleras, de dos peldaños, una puerta gigantesca de medio punto, muy luminosa, horadaba el muro de sombra. Era fiesta; quizá Navidad. Apenas si me dio tiempo a ver el patio, de paredes negras que cubría una hiedra fúnebre. Cruzamos una verja. Detrás, había otro patinillo que alumbraban cuatro lámparas eléctricas: esa bombilla y esa pantalla con forma de sombrero vietnamita en que consiste la lámpara oficial de todas las

cárceles de Francia. Al final de ese otro patio, en donde ya, pese a la oscuridad, sospechábamos una arquitectura inusual, cruzamos otra verja y bajamos luego unos cuantos peldaños, que seguía alumbrando aquella misma luz, y, de pronto, nos vimos en un jardín delicioso, cuadrado, que ornaban arbustos y la taza de una fuente; corría en torno un claustro de exquisitas columnillas. Pasada una escalera tallada en la pared, llegamos a un pasillo blanco y luego a la escribanía, en donde estuvimos mucho rato, todos revueltos, hasta que nos quitaron las cadenas.

—Tú, ¿me das las muñecas o qué?

Alargué la muñeca, y la cadena a la que estaba unida tiró hacia arriba de la mano, triste como un animal capturado, del tipo al que iba atado. El boqui tanteó algo, buscando la cerradura de las esposas; cuando la encontró y metió la llave, oí el chasquido leve de aquella trampa delicada que me dejaba libre. Y esta liberación para entrar en cautividad fue para nosotros un primer dolor. Hacía un calor asfixiante, pero nadie pensó que fuera a hacer tanto calor en las galerías. La puerta de la escribanía daba a un pasillo iluminado con precisión cruel. No estaba cerrada con llave. Un preso de los servicios generales, un barrendero seguramente, la empujó un poco, asomó una cara risueña y cuchicheó:

—Tíos, los que traigan trujas que me las den a mí porque...

No terminó de hablar y desapareció. Debía de haber pasado un boqui. Alguien cerró la puerta desde fuera.

Agucé el oído, para saber si la voz gritaría. No oí nada. No torturaban a nadie. Miré a uno de los tipos que venían

conmigo. Nos sonreímos. Los dos habíamos reconocido ese cuchicheo que iba a ser durante mucho tiempo el único tono en que podríamos hablarnos. Sospechábamos, en torno, detrás de las paredes, una actividad sorda, silenciosa, pero ardiente. ¿Por qué en plena noche? En invierno se hace de noche enseguida y sólo eran las cinco de la tarde.

Poco después, también ahogada, pero distante, una voz, que me pareció la de un preso, gritó:

—¡Dice mi polla que recuerdos a tu ojete!

Los guardias de la escribanía lo oyeron igual que nosotros, pero no se inmutaron. Así fue como nada más llegar supe que ninguna voz de recluso sería clara. O son susurros lo suficientemente tenues para que no los oigan los boquis o son gritos que un espesor de murallas y angustia sofocan.

A medida que dábamos el apellido, el nombre, la edad, la profesión, las señas físicas y firmábamos con la huella del índice, nos llevaba un boqui al vestuario. Me tocó la vez.

—Apellido.

—Genet.

—¿Plantagenet?

—He dicho Genet.

—¿Y si a mí me da la gana decir Plantagenet? ¿Te molesta?

—...

—Nombre.

—Jean.

—Edad.

—Treinta.

—Profesión.

—Sin profesión.

El boqui me miró de mala manera. A lo mejor me despreciaba por no saber que los Plantagenet estaban enterrados en Fontevrault, y eso que sus armas —los leopardos y la Cruz de Malta— están aún en las vidrieras de la capilla.

Apenas si me dio tiempo a hacerle a hurtadillas una seña de despedida a un muchacho que iba en el convoy y en quien me había fijado. Ese chiquillo, no hace ni cincuenta días que me separé de él, pero cuando quiero ornar mi desconsuelo con su recuerdo, demorarme en su rostro, se me escabulle. En la lechera en que nos llevaron de la estación a la cárcel, se las apañó para que lo metieran en la misma celda estrecha (en las que nos hacen entrar los guardias de dos en dos) que a un chulo de aspecto atrevido. Para conseguir que los encadenaran juntos, montó una maniobra que me puso celoso del chulo y del chiquillo, que todavía me intranquiliza y me atrae por un hondo misterio, rasgando un velo por el que me llega un atisbo luminoso, y, desde entonces, en las horas taciturnas, le doy vueltas en mi encierro a ese recuerdo, pero no profundizo en él. Puedo imaginarme lo que hicieron, lo que se dijeron, lo que tramaron para más adelante, puedo organizarles a sus amores una vida muy larga, me aburro enseguida. Dilatar ese hecho breve: la maniobra del niño y su entrada en la celda estrecha, no me hace conocerlo mejor, y más bien destruye el encanto de aquella maniobra fulgurante. También me iluminaba la belleza del rostro de Harcamone cuando pasaba veloz, pero, si lo miraba mucho y en detalle, aquel rostro se apagaba. Hay acciones que nos deslumbran, que iluminan relieves confusos si nuestra vista tiene



la habilidad de verlos deprisa, pues la belleza del objeto vivo sólo puede captarse durante un instante muy breve. Ir en pos de ella mientras cambia nos lleva inevitablemente al momento en que cesa, pues no puede durar toda la vida. Y analizarla, es decir, perseguirla a través del tiempo con la vista y la imaginación, es obligarnos a captarla en su fase descendente, ya que, a partir del instante maravilloso de su revelación, va perdiendo más y más intensidad. He perdido el rostro de aquel chiquillo.

Recogí el hatillo: dos camisas, dos pañuelos, media hogaza, un cuaderno de canciones, y, con paso ya cansino, sin decirles nada, me separé de mis compañeros de viaje, toperos, chulos, macarras, ladrones condenados a tres años, o cinco, o diez, o relegados, para ir a encontrarme con otros toperos, con otros relegados. Iba delante del boqui, por pasillos blancos, muy limpios, de luz fortísima, y que olían a pintura lacada. Me crucé con dos auxiliares, tras los que iban un guardián joven y un escribano, que llevaban en unas angarillas los ocho libros monumentales en donde están apuntados los nombres de los mil ciento cincuenta internos. Ambos reclusos caminaban en silencio y les tiraba de los brazos el peso de aquellos libros gigantescos que habrían podido resumirse en un cuaderno escolar pequeño. Iban arrastrando las zapatillas de orillo, pero se les quedaba todo el peso contenido en tanta tristeza que era como si caminasen pesadamente con ruido de botas de goma. Los dos boquis iban igual de callados y andaban con paso regular y solemne. Estuve a punto de saludar, no a los carceleros, sino a los libros, en los que iba el nombre en exceso ilustre de Harcamone.

—¿Saludas o qué?

Eso fue lo que dijo el boqui que me acompañaba; y añadió:

—A menos que quieras probar ya la nevera.

A los boquis hay que hacerles el saludo militar. Al pasar por su lado, apenas si me atrevía a hacer ese saludo ridículo que tan mal encaja con nuestro paso, tan poco brioso y que va escurriéndose, con zapatillas sin tacón. Nos cruzamos con más boquis, que ni nos miraban. El penal vivía como una catedral en la medianoche de Navidad. Éramos seguidores de la tradición de los monjes, cuya actividad transcurría de noche y en silencio. Pertenecíamos a la Edad Media. Había una puerta abierta a la izquierda. Entré en el vestuario. Cuando me quité la ropa, el uniforme del penal, de paño pardo, fue como una túnica de inocencia que vestí para vivir junto al asesino, bajo su mismo techo. Viví muchos días, estremecido como un ladrón, tan maravillado que ninguna de las preocupaciones cotidianas de más baja estofa pudieron destruir ese estado: ni el cagadero, ni el rancho, ni el trabajo, ni el desorden de los sentidos.

Tras haberme colocado en una galería, la quinta, me colocaron en el taller de redes de camuflaje para el ejército alemán, que ocupaba Francia a la sazón. Yo estaba de lo más decidido a vivir al margen de todos los enredos de los bravos (los cónsules) —tipos condenados por reventar pisos, condenados por asesinos—, pero en el vestuario me dieron un pantalón que había sido de un tipo duro, o de un tío que se las daba de serlo. Lo había rajado para hacerle, aunque estaba prohibido, dos bolsillos falsos a la altura

del vientre, cortados al bias como los de los marineros. Al andar, o cuando estaba sin hacer nada, metía ahí las manos, incluso a mi pesar. Eso me dio unos andares que yo no quería: los de un bravo. El traje constaba de una chaqueta de estameña parda, sin cuello ni bolsillos (aunque un preso había hecho un agujero en el forro y, así, tenía algo parecido a un bolsillo interior). Estaban todos los ojales. Faltaban todos los botones. La estameña estaba muy raída, pero menos que la del pantalón. Lo habían remendado con trozos de paño con más o menos años de desgaste. Había, pues, nueve tonos diferentes de pardo. Los dos bolsillos los habían hecho en diagonal a la altura del vientre, y supongo que con una chaira del taller de zapatería. Al pantalón no le quedaba más remedio que sujetarse sólo con los botones, sin tirantes ni cinturón, pero le faltaban todos los botones, y eso le daba al atuendo la tristeza de una casa asolada. Dos horas después de haber llegado, me hice en el taller, con tela de rafia, un cinturón como una cuerda; y, como todas las noches me lo quitaba un boqui, lo volvía a hacer... Hay tipos que vuelven a hacerlo todas las mañanas, es decir, pongamos que tres mil veces en diez años. El pantalón me estaba pequeño. Me llegaba a la pantorrilla y me asomaban o las perneras de un calzoncillo largo o mis propias piernas, al aire, demasiado blancas. El calzoncillo era de tela de retor blanca e iba marcado con tinta grasa: A. P., que quiere decir Administración Penitenciaria. El chaleco también era de estameña, con un bolsillito a la derecha. La camisa, sin cuello, era de retor de sábanas, muy basto. No había puños en las mangas. Ni botones. Tenía manchas de óxido,

que yo temí que fueran manchas de mierda. Iba marcada A. P. Nos mudamos de camisa cada quince días. Las zapatillas son de estameña parda. El sudor las pone tiesas. La gorra plana es de estameña parda. El pañuelo, de rayas blancas y azules.

Añadiré que Rasseneur, a quien había conocido en otra cárcel, me reconoció y, sin avisarme, consiguió que me admitieran en una banda. Aparte de él, ni de La Santé ni de otras cárceles reconocí a nadie. Sólo Harcamone había estado conmigo en Mettray, pero no lo veíamos, estaba en la celda de los condenados a muerte.

Voy a intentar explicar qué fue para mí Harcamone y, Harcamone mediante, qué fueron para mí Divers, y sobre todo Bulkaen, a quien quiero aún y quien, en última instancia, me indica mi destino. Bulkaen es el dedo de Dios en tanto en cuanto Harcamone es Dios porque está en el cielo (me refiero a ese cielo que es creación mía y al que me consagro en cuerpo y alma). Su amor, mi amor por ellos persiste en mí, y ahí obra y me inmuta en lo más hondo y, aunque es místico, no es el que sentí por Harcamone el menos impetuoso. De esos guapos macarras me esforzaré por decir lo mejor que sepa lo que, hechizándome, es al tiempo luz y tinieblas. Haré lo que pueda, pero sólo puedo decir que «son una claridad tenebrosa, no una noche cegadora». Lo cual no es nada comparado con el sentimiento que me inspiran, sentimiento que, por lo demás, los novelistas más valientes expresan cuando escriben: «La luz negra... la Sombra ardiente...», intentando reunir en un breve poema la antítesis viva que hay en lo Bello y el Mal. Harcamone, Divers y Bulkaen

mediante, voy a volver a vivir Mettray, que fue mi infancia. Voy a recuperar la colonia penitenciaria abolida, el penal infantil destruido.

¿Cómo es posible que le pasara inadvertida al mundo, que ni tan siquiera la sospechase, la existencia de trescientos niños organizados en un ritmo de amores y odios en el lugar más bello de la bella Turena? Allí llevaba la colonia, entre las flores (que, desde que la conocí, son para mí accesorios infernales; esas flores de jardín que brindo a los soldados muertos, intranquilo por si no bastasen) y entre árboles de esencias peregrinas, una vida secreta que obligaba a los campesinos, en veinte kilómetros a la redonda, a vivir desasosegados por el temor a que un colono de dieciséis años se evadiera y le prendiera fuego a la casa de labor. A mayor abundamiento, como todos los campesinos cobraban una prima de cincuenta francos por cada colono evadido que devolvieran a la colonia, había día y noche por los campos de Mettray una auténtica caza del niño, con horcas, escopetas y perros. Si salía de noche, el colono sembraba el espanto por el campo. Cuando quiso largarse, Rio, en quien no puedo pensar sin que me emocione su dulzura de muchacha, apenas si tenía dieciocho años. Se atrevió a prender fuego a un granero para que los campesinos en camisón, desatentados, se levantasen de noche y acudiesen al fuego, sin tomarse tiempo para cerrar las puertas. Entró sin que lo vieran y robó un pantalón y una chaqueta para librarse del pantalón de terliz blanco y de la camisa de dril azul, que son el uniforme de la colonia y habrían permitido localizarlo. La casa ardió

estupendamente. Dicen que se carbonizaron unos chiquillos y perecieron unas vacas, pero el niño audaz llegó hasta Orleans. Sabido es que las campesinas jóvenes dejan siempre tendidos en las cuerdas en donde suelen poner a secar la ropa una chaqueta y un pantalón, con la esperanza y el temor de que un colono joven que se haya escapado los robe, mueva la cuerda, que va unida a una campanilla, y le puedan echar el guante. Trampas que habían tendido manos femeninas rodeaban la colonia con un peligro invisible e inaprensible que unía en violento abrazo a parejas de chiquillos aterrados. Basta con ese recuerdo para acarrearne, dentro del desconsuelo que ya siento, un desconsuelo mayor, una pesadumbre sin par porque sé que ya no existe ese mundo infantil. No hay sino una frase que pueda expresar esa tristeza, y es la que se escribe siempre al final de la visita de un príncipe al lugar de sus amores pasados o a los lugares de su gloria... «... y lloró...».

Fontevrault, igual que Mettray, podría escribirse mediante una larga lista de esas parejas que forman unos nombres:

Botchako y Bulkaen.

Sillar y Venture.

Rocky y Bulkaen.

Deloffre y Toscano.

Mouline y Monot.

Lou del Despuntar del Día y Jo.

Divers y Yo.

Bulkaen y Yo.

Rocky y Yo.

Viví ocho días en la indeterminación de la llegada, familiarizándome con la disciplina y el régimen del penal. Un régimen sencillo, una vida que sería sencilla si no la viviéramos nosotros. La hora de levantarse: las seis. Un boqui abría la puerta, íbamos a buscar al pasillo empedrado la ropa que habíamos dejado allí la víspera antes de acostarnos. Nos vestíamos. Cinco minutos en el lavabo. En el refectorio, nos tomábamos un caldo; y nos íbamos al taller. Trabajábamos hasta las doce. Volvíamos hasta la una y media al refectorio. Otra vez al taller. A las seis, el rancho. A las siete, a la galería, a dormir. Acabo de describir exactamente los horarios de Mettray. El domingo estábamos sin hacer nada en los talleres, leyendo, a veces, la lista de las abadesas, nombradas por decreto regio, que habían gobernado Fontevrault. Y para ir al refectorio, a las doce, cruzábamos patios de tristeza infinita, tristes ya de por sí debido a esa desidia que condena a muerte a unas fachadas admirablemente renacentistas. Haces negros de leña se amontonan en un rincón, cerca de la capilla abacial. Agua sucia corre por los arroyos de desagüe. Es a veces una injuria al encanto de un hallazgo arquitectónico. Iba entrando en los enredos de los amores, pero los desvelos cotidianos del trabajo, del rancho, de los intercambios, de algunas artimañas con las que los presos duplican la vida oficial y visible con otra vida artera, el hecho de ir conociendo por encima a los demás tipos, todo ello no me impedía padecer, y de forma casi dolorosa, el fardo de la presencia de Harcamone. No pude por menos, un día, de cuchichearle a Rasseneur a la hora del rancho:

—¿Dónde está?

Y él, en un soplo:

—En la séptima. Celda especial.

—¿Crees que se lo cargan?

—Seguro.

En esa misma mesa, a mi izquierda, un chiquillo, que intuyó que hablábamos de esa muerte, susurró, poniéndose la mano delante de la boca:

—¡Qué bella es una muerte lograda!

Yo sabía que estaba allí y me rebosaban la esperanza y el temor cuando me correspondió el privilegio de una de sus apariciones. Muy cerca de la celda de los condenados a muerte, a la hora del paseo, hacíamos cola para que nos afeitase un preso, como todas las semanas. Un jefe de vigilantes abrió la puerta de Harcamone. Lo acompañaba un boqui que iba enredando indolentemente los ademanes en una cadena casi tan gruesa como esas que valen para sujetar las sillas a la pared. El jefe entró. De cara a la pared, no pudimos por menos que mirar, aunque nos lo habían prohibido. Éramos como esos niños que agachan la cabeza durante la exposición del Santísimo y alzan la vista cuando el sacerdote abre el tabernáculo. Volví a ver a Harcamone por primera vez desde que me había ido de Mettray. Estaba de pie, en la plena belleza de su cuerpo, en el centro de la celda. No llevaba la boina muy caída encima de la oreja, como en Mettray, sino echada casi encima de los ojos y con un pliegue que hacía un pico, como en otros tiempos la visera de las gorras de los randas. Fue un impacto tal que no sé si se debió a que había cambiado de apostura o al hecho de verme de pronto ante el ser